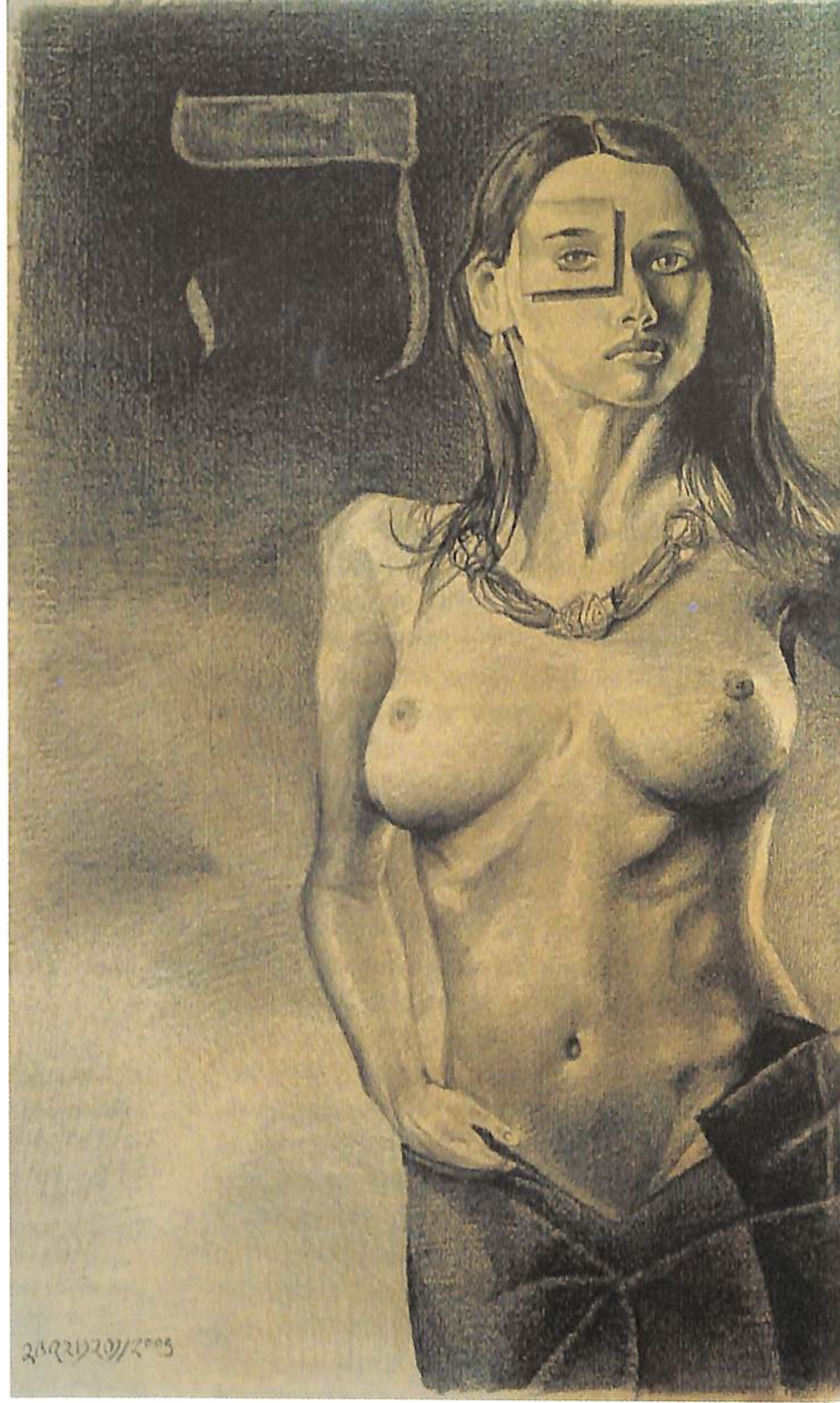


LA ABEJA EN LA COLMENA





Abraham Martínez Maldonado, *La eternidad*, 2005, grafito/papel, 35 × 50 cms.

ENTREVISTA CON GUILLERMO ARRIAGA

“Mi compromiso es el amor”;
rechaza el escritor el solipsismo literario:
“escribo para que me lean”

POR VIRGINIA AGUIRRE E.

NOVELISTA, GUIONISTA, PRODUCTOR y director de cine, Guillermo Arriaga Jordán (México, D. F., 1958) recibió hace unos meses la Palma de Oro del Festival de Cannes por el guión de la película *Los tres entierros de Melquiádes Estrada*, dirigida y actuada por Tommy Lee Jones, de quien el cinéfilo avezado y el simple aficionado al celuloide saben por su extensa aunque dispareja filmografía, con todo y la excelente e indiscutida calidad de su trabajo actoral.

Literariamente, Arriaga Jordán hizo su debut editorial con la novela *Relato de los esplendores y miserias del Escuadrón Guillotina y de cómo participó en la leyenda de Francisco Villa* (1991), a la que siguieron *Un dulce olor a muerte* (1994) y *El búfalo de la noche* (2000), y ha escrito también cuento. Este trabajo no ha merecido la atención crítica que debiera pese al reconocimiento que ha ganado entre los lectores atentos y las traducciones que se han hecho a varios idiomas.

Fue su guión *Amores perros* (2000) así como el Premio de la Crítica en Cannes y el Oscar que recibió el filme dirigido por Alejandro González Iñárritu los que le dieron una amplia presencia internacional, que creció con *21 gramos* (2003).

El 21 de julio, la Universidad Autónoma del Estado de México le entregó un reconocimiento por su trayectoria y por el hecho de contribuir al prestigio literario y cinematográfico del

país, el que ha mejorado notablemente su ya buena salud gracias al trabajo de Arriaga Jordán.

Luego de la ceremonia en que el rector José Martínez Vilchis entregó el reconocimiento al escritor y cineasta (dicho en el más completo sentido de la palabra), se llevó a cabo una conferencia de prensa, al término de la cual y después de tres horas de actividad, un agotado escritor concedió a *La Colmena* la entrevista que se presenta a continuación —su agotamiento no afectó, sin embargo, la vehemencia de sus respuestas y una que otra sonrisa más bien benevolente.

—Guillermo, sé que estás extenuado después de la rueda de prensa en la que se te plantearon muchas preguntas, algunas de las cuales, a juzgar por tus respuestas, te hicieron enojar...

—No, ninguna me hizo enojar.

—Has saltado a la fama; se ha escrito mucho de ti y de tu trabajo literario y cinematográfico. Dijiste hace unos minutos que eres “un contador de historias; ante todo, un contador de historias”, y enfatizaste: “soy un narrador”. ¿En este momento, cuál es tu visión del mundo?

—Básicamente es una visión optimista. Sigo creyendo que el amor —por más doloroso que pueda ser— es el único pegamento real de una sociedad. Porque el amor no es un sentimiento cursi ni fácil: es un sentimiento poderoso, destructivo, pero es el único que realmente permite que los seres humanos podamos convivir.

—¿Perramente...?

—*Búfalamente, perramente...* De todas las maneras posibles; no sólo *perramente*.

—Es nuestros días es ostensible el terror: Estados Unidos, Londres, Irak. Vivimos momentos de confusión y de inestabilidad, y no lo podemos soslayar ni ser indiferentes. En México una parte de la sociedad delinque en contra de la otra parte de la sociedad. Y en muchas ocasiones, los medios de comunicación presentan banalizándolo. Desde una perspectiva humana, ¿crees que hay una contradicción en la acción humana guiada al mismo tiempo por la ética y las pasiones?

—No te entiendo muy bien.

—El mundo está permeado por la globalización —hay quien la llama mundialización—, pero se polariza cada vez más. A los pocos pero muy privilegiados se oponen los exiliados, los sin patria, los sin nombre, los que no son. Pongo como referente tus trabajos dedicados a la frontera. Hablo de una banalización del mal porque al prender el televisor, navegar por la *Internet* o leer los periódicos las manifestaciones del mal aparecen por aquí y por allá, pero fuera de contexto. Ubiquemos estas circunstancias en tu trabajo literario.

—Yo lo que creo, y es lo que he tratado de mostrar en mi trabajo, es que no hay el mal definitivo sino hay varios matices de gris en la vida de los seres humanos. Incluso los terroristas siempre tienen una razón para actuar así. No es que sean “el mal”. Alguna razón de peso social o económico hay detrás. Antes de juzgar hay que tratar de comprender, pues una vez que se comprende entonces sí se puede juzgar; pero no se pueden hacer juicios sin comprensión.

—¿Es en este sentido en el que tú asumes una actitud ética o moral? ¿O cuál es tu actitud desde tu creación con respecto a *tánatos*?

—No creo ser un escritor moralista, pero sí profundamente preocupado por la moral. La

moral la veo como los acuerdos que tienen los hombres entre sí, el diálogo que debe prevalecer entre los hombres y entre los distintos grupos.

—En *Elizabeth Costello*, la novela de J. M. Coetzee, el personaje que da título al libro es una escritora anciana que rechaza que el artista deba relatar o tenga derecho a relatar su viaje al abismo del ser humano y, en especial, su conocimiento del mal: Auschwitz convertido en museo, por ejemplo. ¿El artista debe tener un compromiso ético o moral, Guillermo?

—No. Básicamente tiene que haber un compromiso con contar la historia.

—Es decir, tú te desprendes y no actúas por voluntad, en los términos que propone Schopenhauer...

—Yo procuro no dar mensajes de ningún tipo. Yo procuro escribir una historia. Si las historias tienen implicaciones morales, políticas o sociales es porque la historia las deriva. Yo no lo pretendo, porque si no termino siendo pretencioso. Terminas tratando de dar mensajes a la fuerza. Lo importante es contar la historia, y si en la historia se dan esas implicaciones entonces serán orgánicas a la misma historia y no obligadas. No estoy preocupado por dar mensajes.

—¿Escribes sin voluntad?, ¿tus ínferos giran de manera independiente? Planteo la pregunta desde la noción de "genio" en Schopenhauer y su idea de que el arte es inconmensurablemente inútil, aunque —y en esto ya no es el filósofo— tal vez en esa inutilidad esté, paradójicamente, su utilidad.

—No. Yo creo que el arte proviene de muchas fuentes: personales, sociales, históricas, y la forma en que tu arte se comunica con los demás también tiene que ver con una serie de circunstancias que no necesariamente hacen que la obra sea buena o mala. Pensemos que en Arles un escritor se burlaba de un par de pintores a los que consideraba fracasados. Ese escritor fue el segundo o el tercer ganador del Premio Nobel, pero nadie recuerda su nombre. Sin embargo, de los pintores de Arles, llamados Paul Gauguin y Vincent van Gogh todo mundo se acuerda. Yo no creo que el arte sea inútil e insisto en que no es un elemento desechable.

—¿Podría ser el antídoto en este mundo vacío de contenidos en que vivimos, de lo *light*, de la instantaneidad y de la inmediatez, en que ciertamente no hay amor porque el amor es compromiso?

—El arte puede ser una vacuna contra la anestesia. De eso se trata. El arte siempre tiene que ser transgresor y provocador porque lo que busca es despertarte de los adormilados momentos.

—¿El mal es una imposición social o cultural? En *Amores perros* y en *21 gramos* hay violencia, horror, mentiras y amor como compromiso. ¿Cómo creador y alguien a quien le duele...?

—Yo no tengo una reflexión sobre el mal. Porque hablar sobre el mal es hablar en términos de absolutos, y yo no estoy a favor de los absolutos. No soy un tipo religioso y, por lo tanto, no tengo valores absolutos. Para mí, todos los valores son relativos y tienen que ver con la circunstancia histórica y con muchas otras cosas. Hay valores que deben permanecer, entre ellos la lealtad. Pero hablar del mal no es una reflexión que yo haya hecho. No, no, no. No estoy preocupado por la maldad.

—¿No sientes que se refleja en tus trabajos o que lo desarrollas, procesas o te inquieta?

—No. Lo que yo estoy tratando de hacer es, básicamente... son hombres en busca de darle sentido a lo que hacen, en sobrellevar su existencia tratando de darle un sentido. No es tanto la reflexión sobre el mal. No he reflexionado sobre el mal, o por lo menos no lo he hecho de manera consciente, ni ha sido mi intención.

—Si imagináramos una estética de la desesperanza, del horror, del dolor que parecen saturar por momentos al mundo, ¿aceptarías que tu obra se inscribiera en una estética de ese tipo?

—No son historias de desesperanza. Son historias humanas que tienen ambos puntos: tanto momentos alegres y felices como momentos de infierno. Van de un lado a otro, van del cielo al infierno.

—Es un claroscuro...

—Es un claroscuro. No estoy tan preocupado por ver el lado desesperanzador, sino los claroscuros de la condición humana y, sobre todo, a personajes que van al extremo; eso es quizás lo que más me interesa.

—¿Por qué tus personajes están en el límite siempre?

—Porque me gusta.

—¿Tú vives en el límite?

—Claro, por supuesto.

—¿Hay en tu obra una propuesta política en tanto que hay una percepción del mundo que se puede leer, de las miserias y pasiones, la violencia, y una paradoja que te propongo en los términos de dos canciones de U2: "Love rescue me" y "Sometimes you can't make it on your own"? ¿Cuáles son el cómo y el por qué de tus personajes?

—Yo creo que no es tanto que quiera redimirlos. Creo es que se dan cuenta de la importancia de la vida en esta tierra.

—¿Asumen una actitud biofílica?

—No. Sí. Adoptan una actitud de entender que es aquí y que es a través del otro, o sea del amor, donde vas a encontrar el sentido de tu existencia, y es entender al otro lo que te lo permite, porque desgraciada o afortunadamente los seres humanos tenemos necesidad del otro. No podemos ser sin el otro. Si tú dejas a un bebé sin amor y sólo le das de comer se muere al cabo de tres o cuatro meses.

—¿Cómo miras las noches?

—Con luz, porque es la hora en que escribo.

—¿Esperas el alba?

—No. Yo no soy tan..., espero el alba cuando voy a cazar.

—¿Por qué?

—Porque es en la hora en que vienen los gansos y salen los venados.

—¿Y tus noches?

—Mi noche es noche de trabajo.

—¿Te preguntan o te preguntan "cómo va la noche, Macbeth"?

—(Risas) No. Para mí la noche es un espacio de creación, es un espacio del amor, un

espacio solitario, y me gusta.

—¿Te duele lo que escribes?

—No. No.

—Yo por ahí leí que te costó trabajo llevar dentro a Jordan (el personaje de Benicio del Toro en *21 gramos*). ¿es cierto?

—No. Lo que pasa es que como soy ateo me costó trabajó entender un personaje religioso, pero no, no, realmente no. Sí lloras y te emocionas porque son momentos emocionantes y fuertes, pero no son dolorosos: escribir no es doloroso. Yo estoy en contra del cliché del escritor que se alcoholiza y sufre porque sus demonios... Es más, ya la palabra demonio siempre ya me tiene un poco...

—Es un martirologio eterno.

—Sí, pareciera que escribir fuera una pesadilla. Para mí escribir es un placer. Por lo tanto, no me duele. Al contrario.

—El hecho de que leas a Bukowski, a Kerouac, a Faulkner, que cites a Kundera habla de que hay vasos comunicantes con su estética creadora. De ella has abrevado. ¿Puedes abundar al respecto?

—Pertenezco a una tradición que pone el interés humano y narrativo sobre cualquier otro valor estético. Por ejemplo, no pertenezco a aquellos a los que sólo les preocupa el lenguaje sin que haya detrás contenido humano. No me gusta. Me gustan los autores que hablan del ser humano y que me conmueven, como todos los que has mencionado. No soporto al autor y el espacio terriblemente experimental o arriesgado. No me gusta el escritor que sólo pretende escribir para sí mismo en un acto onanista y que cree que su ejercicio del lenguaje es lo máximo.

—¿Ese ejercicio solipsista, de *ipseidad* recalcitrante que es a lo que algunos autores han llegado, por ejemplo, Clarice Lispector?

—Yo conozco a Clarice y la obra de Clarice. Me han preguntado muchos: ¿"por qué escribes?" Porque me gusta que me lean, fundamentalmente.

—¿Y escribes lo que puedes, como dijo Chéjov.

—Absolutamente: lo que puedo. No siempre lo que yo quiero. Si escribiera lo que yo quisiera ya estaría haciendo otro tipo de cosas, pero no, no puedo.

—Como ateo, ¿cómo ves los fundamentalismos y su porqué?

—Siempre hay quien busca imponer su visión de las cosas a los demás. Siempre hay esa tentación. Hay fundamentalismos de muchos tipos. Hay muchos tipos de fascismos: desde los fascismos religiosos hasta los fascismos ecologistas, esto es, los protectores de la fauna que son capaces de matar a un ser humano por defender a un animal. Siempre hay fundamentalistas y fascistas, y no se van a acabar.

—En síntesis, tú compromiso es el amor.

—Mí compromiso es el amor, absolutamente. Por eso en mi currículum vitae dice: "soy hijo de Carlos y Amelia; hermano de Carlos, Patricia y Jorge, esposo de Maru y padre de Mariana y Santiago". LC